

LA NAVE DE DEMETRIO FALEREO

Se cuentan por docenas los Demetrios célebres en la Antigüedad, lo que produce singular confusión respecto al Faléreo, así llamado por el suburbio o rada exterior de Atenas en que vino a nacer. Se sabe que fue peripatético, dejó un puñado de obras sobre política, arte militar, retórica y comentarios homéricos, doxografía, historia — incluso la historia oriental, pues que Josefo lo consideraba autoridad para los judíos — folklore y tradiciones esópicas. De todo ello sólo quedan referencias, casi siempre de segunda mano; y el tratado *De la interpretación* (en la colección Loeb, *Del estilo*), que tanto ha corrido con su nombre, es tres siglos posterior a él y más bien debe atribuirse al gramático Demetrio de Tarsos. La persona en quien se articulan la cultura de Atenas y la cultura de Alejandría hubiera quedado en la sombra, a no ser por su participación en los negocios públicos de su tiempo. Y todavía su conducta ofrece un anverso y un reverso no fáciles de conciliar, pues la crisis que estalló en sus manos lo dejó a merced de las pasiones reflejadas en los testimonios contemporáneos. El representa aquel instante patético en que, dividida entre los capitanes macedonios la sucesión imperial de Alejandro Magno, la sabiduría ateniense — amenazada entre las reyertas — comienza a emigrar como semilla aventada hacia las costas de Egipto.

La rivalidad entre Antípatro y Antígono pasa de ellos a sus respectivos vástagos. Signo de aquellos años revueltos es el hecho de que Demetrio Faléreo, cuyo hermano Himereo fue muerto por orden de Antípatro, milite, sin embargo, en las filas del hijo de éste, Casandro; y que, siendo Demetrio de nacimiento servil, haya gobernado en nombre de los aristócratas y en contra de los demócratas, encabezados por Demetrio Poliorceta, el hijo de Antígono. Difícil concertar las medidas para quien olvide la inconstancia y movilidad del destino, tema

que tanto parece haber preocupado al propio Faléreo, para quien éste no fue sólo asunto de reflexiones filosóficas o de comentario sobre los versos de Píndaro y de Eurípides, sino experiencia en carne propia. Pues Demetrio practicó el giro completo de la famosa rueda, y pocos habrán gozado y padecido lo que este hombre padeció y gozó.

Pertenecía a una familia de esclavos. Su padre, Fanóstrato, servía en la casa de Conón. Es posible que el demagogo Cleón lo haya protegido, no sin explotar su insipiencia. Sus aficiones estudiosas y sus aptitudes oratorias lo levantaron en la opinión. Fue discípulo de Teofrasto y compañero de Menandro. A la muerte de su hermano Himereo, se recogió en casa de Nicanor, donde más tarde la maledicencia asegurará que se entregó a ritos sacrílegos para evocar el espíritu del difunto, y que tal vez no iban más allá de las honras fúnebres permitidas y regulares. Nicanor lo acercó a Casandro, y éste lo confirmó en la regencia de Atenas, cuando el pueblo mismo quiso señalarlo para este cargo.

Su gobierno, que duró diez años, es discutido, como de costumbre, según se consideren los errores del hombre o los aciertos de su administración. La verdad es que las censuras sólo aparecieron después de su desgracia, ensañándose en la víctima con esa vileza propia de la humana flaqueza, que pronto se cansa y se arrepiente de haber amado o admirado. La historia y las historias particulares están sembradas de ejemplos. Los malévolos y los inconscientes se empeñan en denostar a Demetrio Faléreo para ganar méritos ante Demetrio Poliorceta, su vencedor. Véanse los extremos a que puede llegar la volubilidad enfermiza de una población ya huérfana de la antigua virtud.

Algunos, al pintar a Demetrio, insisten en la insaciabilidad del liberto, que llegaba al poder lleno de sensualidad y sed de lujo. Aun se pretende que todavía su nieto seguía purgando el hambre atrasada de la familia y vivía en el libertinaje y el derroche. El que de niño tenía que contentarse con un puñado de aceitunas y un pobre queso de las islas — se ha dicho de Demetrio — no se contentó después con menos que el comprar

para su servicio al mejor despensero y cocinero de la ciudad, a un tal Mosquión que lo trataba a banquete diario. Festejaba a numerosos amigos en aquella espléndida casa decorada por los artistas de más nombre y a todas horas adornada con racimos de flores, donde eran los pisos de mosaico — cosa inusitada todavía — y los surtidores derramaban perfumes. La gente se hacía lenguas hablando de las secretas y nocturnas orgías en la residencia de Demetrio. Con sólo los relieves que caían de su mesa, Mosquión, en un par de años, se compró tres casas de vivienda y juntó tanto dinero que sostenía un séquito de mancebos y se pagaba amantes entre las clases más acomodadas.

Demetrio se sabía hermoso. Las mujeres elogiaban su buena presencia, sus lindos ojos y el arco perfecto de sus cejas. Gustaba de oír contar sus proezas y le halagaba que lo llamaran Lampito, alusión a sus enredos con la bella cortesana del mismo nombre. Vivía públicamente con Lamia, una mujer noble. Su joven compañero Diognis era envidia de la mocedad ateniense. Como Demetrio asomó un día por la Avenida del Trípode, los muchachos dieron en frecuentar el paseo, con la esperanza de hacerse encontrados y merecer su gracia.

Era manifiesto que se teñía el pelo de rubio, se pintaba las mejillas y se hacía ungir por sus esclavos para parecer más atractivo. Superaba a los macedonios en la glotonería y la bebida, y en refinamiento, a los ciprios y a los fenicios. Hasta cuentan que inventó para su uso una manera de automóvil, acaso un vehículo de pedales. En las procesiones dionisias que le tocaba encabezar siendo arconte, el coro cantaba unos versos de Castorio en que se comparaba a Demetrio nada menos que con el sol. Y, en suma, a creer cuanto de él se dijo a partir de su desgracia, dictaba la ley a los demás, pero él mismo vivía sin ley. Couat se desliza a concluir que Demetrio propagó en Atenas todos los vicios de un tirano exacerbados por una imaginación de retor. Y la ligereza llega a un extremo ya inexplicable en cierta historia de la literatura posthelénica publicada en nuestros días por F. A. Wright, profesor de la Universidad de Londres. Se dijera que no hemos superado todavía la sandia fábula de Samaniego sobre *Demetrio y Menandro*. Con todo,

es innegable que este segundo dandy de Atenas (el primero, Alcibíades) representa ya, por mucho, la decadencia de la antigua moderación, la invasión de las corrupciones asiáticas y las riquezas desordenadas al gusto de los bárbaros nórdicos. Se anuncian con él los esclavos en el trono, y la contaminación de los estilos sobrios y sencillos de antaño, de la venerable y tradicional Grecia impecune.

Ni la misma oposición se atreve a negar a Demetrio los rasgos generosos y señoriales. Se recuerda que, habiendo descubierto la extrema pobreza de los descendientes de Arístides, cuyo nieto, un tal Lisímaco, se ganaba la vida interpretando los sueños por las calles, Demetrio hizo aprobar un decreto en que se obligaba a cada ateniense a proveer tres óbolos diarios para el sustento de las mujeres de aquella familia antes ilustre. Y, cuando se vio legislador único y dueño del mando supremo, daba un dracma diario a la madre de Lisímaco y otro tanto a la hermana. El severo Plutarco encuentra muy loable que, tanto Pericles como Demetrio, acostumbraban destinar una parte de sus rentas a hacer distribuciones públicas, y se cuidaban de tener divertido al pueblo con constantes festejos. Diógenes Laercio cita las pullas de Demetrio contra el "dandismo" y la arrogancia, y le atribuye esta sentencia, compendio de la tradición griega: "En casa, honrar a los padres; en la calle, a todos; en la soledad, a sí mismo". Todo lo cual mal se compagina con el monigote que nos pinta la fábula.

Otros testimonios le son francamente favorables, y tienen, por suerte, mayores visos de verdad. Demetrio no ha de haber sido hombre de mal gusto, cuando Cicerón lo considera como el orador más excelente en su género, y elogia la placidez y dulzura de su estilo, aunque estilo de transición que aceptaba ya las nuevas amenidades "asiáticas", las metáforas y metonimias de tipo heterodoxo. El orador Demetrio no era ya un orador de combate, sino un seductor lleno de encanto; no se había formado en la tienda de campaña, sino en la escuela de Teofrasto. Dinarco, que bien podía sentirse rival de Demetrio, cuentan que se complacía en escucharlo y nunca faltaba a sus conferencias. Quintiliano, juez tan seguro, no duda en recomendar a De-

metrio como único orador cuyo estilo le parece hermoso entre todos los de aquella época difícil. No ha de haber sido, como se pretende, hombre de ostentosas exhibiciones, cuando él mismo, que conocía bien a Demóstenes y nos ha transmitido la anécdota de las piedrecitas con que éste acumulaba obstáculos para mejor dominar la dicción correcta, lamenta que el tempestuoso orador — de quien los poetas cómicos hacían burla llamándole el *Rhopoperperethras* — exagerara demasiado los ademanes, con desmedro de la dignidad, y se dejara llevar de arrebatos sibilinos, como cuando, de repente, lanzó en público el juramento en verso: “Por la tierra, las fuentes, los ríos y regatos”. Ni pudo realmente ser un insensato el hombre de cuya penetración histórica habla con reverencia el descontentadizo Polibio, autorizándose en sus palabras, como quien cita una verdadera profecía, para hacer ver de qué manera el éxito de los pueblos es una investidura provisional. En medio siglo, había dicho Demetrio, la grandeza pasó de los persas a los macedonios, y luego, de éstos, pasará a otros. En efecto, concluye Polibio, estos herederos de la victoria histórica han resultado ser los romanos.

No cabe revocar a duda que Atenas se sintió protegida y disfrutó de algún pasajero alivio durante la administración de Demetrio. “El Estado yacía exangüe y desvaído: el hombre docto de Falero, Demetrio, logró resucitarlo”, escribe Cicerón en la *República* (II, 2). Gobernante activísimo, su misma diligencia puede servirnos como prenda de su vida morigerada. Plutarco ve en tal actividad de Demetrio la garantía de una salud que nunca hubiera disfrutado un vicioso o un sedentario. Gobernante ilustrado y filósofo en el poder, Demetrio era valedor de Teofrasto y amparaba al venerable Liceo. Artista, él introdujo en los teatros la moda de las recitaciones homéricas. Liberal, él defendió al cirenaico Teodoro cuando fue acusado ante el Areópago por negar que la providencia divina estuviera esperando las quejas de los particulares para torcer en su servicio los designios eternos. Lo mejor que pudo acontecer a Atenas en aquella hora aciaga fue encontrarse con un rege como Demetrio Faléreo. Aunque al servicio de Macedonia — en adelante lo estarán todos los gobernantes griegos, en

tanto que pasan al servicio de Roma —, Demetrio ayudó a que Atenas se encaminara rumbo a su definitiva consagración, como museo y hogar del libre pensamiento helénico.

Hizo más. A fines del siglo iv, Atenas estaba arruinada. Demetrio acudió al mal como verdadero estadista. Legisló los extravíos del lujo, lo que indica que “había método en su locura”, cuando concedamos que hubo locura. Reglamentó la vida privada de los ricos. Puso a cuenta del Estado las prestaciones demasiado onerosas, como aquella “coregia” que más tenía de vanidad que de privilegio. Pues, como él decía, el trípode del corega vencedor, más que un trofeo de su victoria en el concurso teatral, era el triste recuerdo de la ruina de su patrimonio.

Así como atenuó la animadversión entre los partidos, niveló un poco la afrentosa diferencia de clases, promoviendo en lo posible el bienestar de los ciudadanos. En todo lo cual se nota al estudioso, inspirado en Solón, práctico en Aristóteles, educado en los ideales peripatéticos y convencido de que “si la guerra es obra de la espada, la política lo es de la persuasión elocuente”.

Ordenó enterrar los cadáveres antes del amanecer, hurtando así a la impúdica expectación o al afán de exhibición impía esas procesiones que tanto afean nuestras ciudades, medida que es prueba de la buena estética administrativa y contribución verdadera a la moral pública. Restringió los gastos funerarios, tanto menos justificados cuanto que la gente ya no tomaba por lo serio estas pesadas tradiciones, ni creía justo, en el fondo, empobrecerse en ceremonias, túmulos y monumentos, tras la desgracia de perder a un miembro de la familia. Así lo demuestra la general aquiescencia con que fueron recibidas las restricciones. Los bajorrelieves de los sarcófagos, que habían alcanzado para entonces un tono de retratismo realista, en que se daba expresión a los caracteres personales, se interrumpen con la ley de Demetrio, lo que sin duda es lamentable. Pero se trataba de una medida de emergencia y había que sacrificar algunos encantos a la inmediata necesidad de subsistir. En el fondo, Demetrio pensaba que Pericles había sido algo manirroto

y extravagante, aunque los Propíleos que levantó sean una obra maravillosa. Finalmente, bajo la protección macedónica, Demetrio encontró posible descargar a su ciudad de muchos gastos militares y de armamentos.

Según el censo establecido por el propio Demetrio — otra prueba más de que procedía con cuenta y razón y calculaba juiciosamente las necesidades —, Atenas contaba entonces 21.000 ciudadanos libres, 10.000 metecos que pagaban muchas cosas por cuenta de los ciudadanos, a cambio de que se los dejara vivir en la metrópoli de la inteligencia, y no menos de 400.000 esclavos, sobre cuyos lomos pesaban los demás.

Pero la economía y la prudencia, que ya no podemos negarle, nunca hubieran bastado para restañar las heridas de la ciudad. Era, además, indispensable crear riqueza, “racionalizar” un poco las fuentes de ingresos. Y Demetrio lo consiguió poniendo a contribución el producto de aquellas minas del Atica, donde, según él afirma, se escarbaba con ardor tal como si se quisiera desenterrar de su centro al propio Plutón. Por último, a imitación de lo que ya habían hecho Eubulo y Licurgo, Demetrio puso la sabia mano en el gran mercado del Pireo, que sólo necesitaba un régimen bien saneado para rendir pingües ganancias. Las rentas del Estado alcanzaron la cifra de 1.200 talentos anuales. Y el pueblo, con ingenuo impulso, quiso premiar a su benefactor levantándole estatuas por todas partes, ya ecuestres, ya en carros, de que se construyeron hasta 360 en el término de 300 días.

La suerte, a cuyos vaivenes estaba acostumbrado, quiso que Demetrio Poliorceta, por cuenta de otro partido macedonio, lo derribara del poder, entrando en Atenas a mano armada y llamándose, como de costumbre, “libertador de Grecia”. Pero los vencedores parece que lo trataron con deferencia por sus muchos merecimientos; y comprendiendo que él, más que a la venganza de los adversarios, temía a las cegueras del populacho, arreglaron el medio de que escapara hacia Tebas, en compañía de sus íntimos, adonde él mismo solicitó su traslado.

No se hizo esperar la infamia. Los atenienses lo condenaron a muerte *in absentia*. No pudiendo apoderarse de él, destru-

yeron todas sus estatuas, salvo la que estaba en la roca del Acrópolis, a la que tal vez le valió el sagrado; y con el bronce de muchas de ellas se apresuraron a fundir servicios de alcoba. Y en esto paró la gratitud pública, y aquí comenzó esa larga falsificación histórica que todavía recoge el chismoso Ateneo, unos cinco siglos después. Telésforo, un primo de Menandro, había sido absuelto años atrás de ciertas acusaciones, gracias a la afortunada defensa de Démetrio. La amistad del gobernante hoy en desgracia, que databa de los días del Liceo, fue motivo suficiente para que el propio Menandro, a pesar de su popularidad, fuera perseguido.

Las furias populares apellidaron aquellos diez años de gobierno “los años de la ilegalidad”. Cuando Demetrio tuvo noticia de estos desmanes: “Podrán derribar mis estatuas — exclamó —, pero no los méritos que con ellas premiaron”. Atenas, sin remedio, había incurrido en un segundo error contra la filosofía, en la persona del hombre a quien Cicerón admiró siempre como una de las más nobles figuras del sabio en el poder.

Ya en Tebas, Demetrio tuvo un grato encuentro con Crates, el filósofo cínico. Cuando Demetrio lo vio venir, escarmentado como estaba sobre la grosería de los hombres, no dejó de alarmarse. Crates tenía una bien ganada fama de entrometido y lo llamaban “el abrepuertas”. Los cínicos eran en general unos mendigos ingratos, pedigüeños y maldicientes, que hacían gala de su rudeza. Y cierta vez que Crates le había enviado a Demetrio su zurrón de pan, Demetrio había tenido la mala idea de devolvérselo con una botella de vino. Crates, que era abstemio, y lo que necesitaba era pan, se puso a gritar, encolerizado: “¡Plegue al cielo que el pan se cogiera en las fuentes, como el agua!”. Pero esta vez Crates estuvo a la altura de la filosofía. Prodigó consuelos al desterrado, haciéndole ver que no era desgracia sino felicidad el hallarse libre, por fin, de tantos riesgos, acechanzas e incomodidades, y poder consagrarse tranquilo a su verdadera vocación de los libros. Y tanto le dijo y le persuadió, que Demetrio, recordando aquella entrevista, acaso trascendente para su conducta futura, y que cobró a sus ojos el sentido de un aviso providencial, solía repetir: “¡Los años que he

perdido en ocupaciones ingratas, sin haber tenido la suerte de conocer a este hombre!”.

Y, en efecto, Demetrio volvió a sus aficiones, y acaso durante los diez años de su estancia en Tebas, recobrado el temple de su alma y devuelto a su inclinación filosófica, compuso la mayoría de sus tratados.

A la sazón, Tolomeo Sótero reinaba en Alejandría y estaba empeñado en fundar allá un emporio espiritual que rivalizara con Atenas y heredara su gloria, ya decaída y en descenso. Demetrio se trasladó a su lado, y comenzó a inspirar la creación de la portentosa Biblioteca, importando consigo la sustancia viva del saber ateniense, adquirido en las mejores escuelas, y constituyéndose en centro atractivo para la inteligencia que andaba dispersa por el mundo. Posible es que alguna vez haya convivido en Alejandría con Euclides y con el peripatético Estratón de Lámpsaco.

Es fama que sus bellos ojos se cerraron un día a la luz, y que recobró la vista por merced del nuevo dios Serapis, a quien consagró himnos de gracias; aunque bien pudiera ser esto una conseja destinada sencillamente a acreditar este nuevo culto egipcio-helénico, forjado con miras políticas.

Se supone que su valimiento junto al Tolomeo le permitía, desde lejos, enviar al inolvidable Liceo de su juventud ejemplares e informaciones sobre la botánica egipcia, punto en que Teofrasto revela conocimientos tan precisos.

Tal vez midió mal su valimiento. Bien que se atreviera, como lo hizo, a recomendar al monarca los libros sobre el oficio del gobernante, “pues en ellos encontraría éste los consejos y advertencias que sus súbditos nunca se atreverían a darle”. Pero no tan bien que haya tomado partido en la sucesión, recomendando al monarca que dejara el trono al hijo que tenía en Eurídice y no al que tenía en Berénice. La elección paterna recayó en este último. No se lo perdonó Tolomeo Filadelfo, y lo desposeyó de honores y cargos, y aun lo envió a presidio. Y Demetrio Faléreo vino a morir oscuramente, mordido durante el sueño por una serpiente venenosa. Se le dio sepultura cerca de Diós-

polis, en Busiris, sitio célebre por cierta página de Isócrates. Cicerón piensa que no se trata de un accidente (*Rabirio*, IX, 23).

La nave de Demetrio Faléreo conoció todas las bonanzas y las tempestades; pero el día que zarpó de la costa griega rumbo al Nilo es un día que amaneció para siempre en la historia de la cultura.

ALFONSO REYES.

El Colegio de México.